



**Entre milicia y corte: crítica y elogio en los *Coloquios militares* de Fernán López Alfonso\***

**Sara Bellido Sánchez**

Instituto Universitario "Seminario Menéndez Pidal"-Universidad Complutense de Madrid (España)  
[sarasanc@ucm.es](mailto:sarasanc@ucm.es)

JANUS 13 (2024)

Fecha recepción: 23/05/24, Fecha de publicación: 5/12/24

<URL: <https://www.janusdigital.es/articulo.htm?id=295>

<DOI: <https://doi.org/10.17979/janus.2024.13.11438>>

**Resumen**

Los *Coloquios militares* de Fernán López Alfonso, obra redactada en torno a 1571, pero que ha permanecido manuscrita hasta nuestros días, muestran la visión que de la corte madrileña de Felipe II tienen dos soldados retirados que aspiran a obtener alguna merced, ya que sus servicios en diferentes guerras no les han procurado una posición con la que mantenerse. A lo largo de su deambular por el Alcázar y diversos espacios madrileños, comentarán los problemas de su profesión y de la vida en esa nueva corte de Felipe II al mismo tiempo que se elogia la figura del rey y la propia villa.

En este trabajo se analiza cómo se conjuga la crítica con el elogio en una obra que pudo tener un interés de promoción personal del autor, al mismo tiempo que se señalan sus coincidencias con otros textos del periodo de similar temática.

**Palabras clave**

Diálogo renacentista; vida militar; corte; siglo XVI, Felipe II; Madrid.

---

\* Este trabajo ha sido realizado en el marco del proyecto de investigación "Dialogyca: Del manuscrito a la prensa periódica. Estudios filológicos y editoriales del diálogo hispánico en dos momentos 2" (Ref.: PID2021-125646NB-I00) del Instituto Universitario "Seminario Menéndez Pidal", financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y fondos Europeos, 2022-2024 (IPs: Emilio Blanco y Ana Vian Herrero).

**Title**

Between militia and court: criticism and praise in the *Coloquios militares* by Fernán López Alfonso

**Abstract**

*Coloquios militares* by Fernán López Alfonso was written around 1571, but it remained handwritten to this day. This play shows the two retired soldiers' vision of the court of Philip II in Madrid. The soldiers aspire to obtain some favor for have a position to maintain themselves. Throughout their walking through the Alcázar and various Madrid spaces, they will talk about the problems of their profession and life in that new court of Philip II, at the same time that they praise the figure of the king and the town itself.

This article analyzes how criticism is combined with praise in a work that could have had an interest in the author's personal promotion, while pointing out its coincidences with other texts of the period with similar themes.

**Keywords**

Renaissance dialogue; Military life; Court; 16th century, Felipe II; Madrid.



## LOS COLOQUIOS MILITARES DE FERNÁN LÓPEZ ALFONSO: UNA PRESENTACIÓN

La historia de España en la segunda mitad del siglo XVI está protagonizada en gran medida por la importancia de la política militar de Felipe II, en parte heredera de la de su padre, Carlos I, tanto en Europa como en el Mediterráneo. No es de extrañar que los textos sobre temática militar, ya sean de carácter más técnico (las novedades de la guerra de infantería y el uso armamentístico, sistemas de fortificación, etc.), ya tengan una consideración crítica, o, a menudo, una unión de ambas tipologías, proliferen en estos años y hasta bien entrado el siglo siguiente. Títulos como los *Diálogos de la vida del soldado*, de Diego Núñez Alba (1553), el *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado* de Sancho de Londoño (compuesto en 1568 y publicado en 1589), el *Nuevo tratado y compendio de Re militari* de Luis Gutiérrez de la Vega (1569), los *Coloquios militares* de Fernán López Alfonso (1571-1572), el *Diálogo militar sobre el oficio de sargento mayor* (o *Espejo y disciplina militar*) de Francisco de Valdés (1578), los *Diálogos del Arte militar* de Bernardino de Escalante (1583), los *Diálogos militares* de Diego García de Palacio (1583) o el *Cuerpo enfermo de la milicia española* de Marcos

de Isaba (1594), entre muchos otros, en ocasiones impresos en distintos países europeos y traducidos a varias lenguas, dan muestra del interés que suscitó este asunto dentro y fuera de nuestras fronteras<sup>1</sup>.

Entre todos esos textos de carácter militar, destacan, como puede observarse, los escritos en forma de diálogo, un género predilecto en las letras del siglo XVI y que favorece tanto el carácter didáctico como la crítica en todas sus facetas. A este grupo pertenece la obra en la que se centra este estudio, una de las más desatendidas por la crítica hasta el momento, quizás por haberse conservado en forma manuscrita y no contar con una edición realmente accesible por ahora.

Los *Coloquios militares* de Fernán López Alfonso se conservan en un manuscrito de época en la BNE (Mss. 5725), probablemente autógrafo, digitalizado y consultable en la *Biblioteca Digital Hispánica* y que fue editado como trabajo de DEA por M.<sup>a</sup> de los Ángeles de la Cruz Cerdeño<sup>2</sup>. El código está bastante deteriorado por el uso de una tinta corrosiva, especialmente en los primeros folios, aunque se permite la lectura de la mayor parte del texto a medida que se avanza. La letra es de tipo humanístico y la BNE da como fecha de composición en su OPAC el siglo XVI, si bien, el estudio de las referencias internas ha permitido a Cruz Cerdeño estimar su composición en los años de 1571-1572. Con total seguridad es posterior a noviembre de 1570, fecha de la entrada en Madrid de la reina Ana de Austria, y anterior a la muerte del dedicatario, Diego de Espinosa, en septiembre de 1572.

Existe también una copia manuscrita del siglo XIX en la BNE, con signatura Mss. 20141, que muestra haber sido realizada a partir de un ejemplar deteriorado (casi con seguridad el mismo que conocemos del siglo XVI), pero en un estado algo anterior, lo que permite recuperar algunos fragmentos de la obra hoy ilegibles en el manuscrito original. Se trata de un manuscrito de cuidada copia, con titulillos en color y decorados.

El texto de estos *Coloquios* presenta un recorrido por diversos asuntos en los que destaca el espacio dedicado a la narración de la Guerra de las Alpujarras y la descripción de la fiesta por la entrada de doña Ana de Austria en Madrid. Alternando con estas cuestiones, aparecen otras que constituirán el

---

<sup>1</sup> Para la localización de los ejemplares de estas obras y mayor información sobre los textos de tratadística militar en la época, véase, Espino López (2001) y Merino Peral (2002).

<sup>2</sup> Esta edición no ha sido publicada posteriormente, pero agradezco a la investigadora que me haya facilitado una copia para poder consultarla y manejarla para este trabajo. Se incluye esta edición en la bibliografía final, aunque las citas textuales se referencian por el manuscrito original de la BNE para facilitar su cotejo y por haber sido necesario realizar algunas modificaciones en la transcripción a partir de la mejor lectura que ofrece el ejemplar digitalizado que el microfilm al que tuvo acceso la investigadora y del cotejo con el segundo manuscrito.

núcleo del análisis para este trabajo, especialmente la crítica a la situación de los soldados retirados, así como otras críticas subyacentes a la situación de la milicia y de la Corona española o la de algunos vicios o conductas censurables que se dan en la corte madrileña de Felipe II, en especial, el juego.

El diálogo presenta a dos interlocutores, Quesada y Dorantes<sup>3</sup>, que se encuentran en Madrid en 1570 con manifiesta alegría por ambas partes, dada la aparentemente intensa amistad forjada en el pasado. Si bien este tipo de expresiones de amistad son habituales en los textos dialogados como modo de asegurar la disposición favorable de los interlocutores a la conversación, en este caso, dichas expresiones son bastante efusivas<sup>4</sup>. Se abrazan y los dos manifiestan haber pensado en numerosas ocasiones el uno en el otro y en su posible fortuna:

Quesada: ¡Válame Dios, señor Dorantes! En esta tierra abrazar quiero a vuestra merced, no así como quiera, sino a brazo partido.

Dorantes: ¡Jesús, Jesús! ¿Qué es esto que veo tan buen día? Bien podéis decir, claro y sereno, por Dios, de tornarlo a abrazar otra vez y aun ciento, que deseado lo he tenido y siempre en mi memoria, en todos mis caminos y peregrinaciones.

Ques.: Agravio se me hubiera hecho si de mí no hubiera esa recordación, que a fe de hijodalgo, que se me han pasado pocos días que v. m. no ha estado en mi pensamiento: ya lo hacía rico, ya pobre, ya muerto, ya vivo, y preguntando a todos los que entendía me pudieran dar alguna relación (López Alfonso, [1571-1572]: 1r).

A medida que la conversación avanza, se dan algunos detalles sobre el pasado que une a los dos protagonistas: los dos fueron soldados y se conocieron en Bruselas, con motivo de la Dieta celebrada en Augsburgo por el Emperador Carlos V, donde Quesada relató a Dorantes cómo había pasado por Italia, Alemania y Flandes acompañando a Felipe II de camino a esa ciudad. Allí se vieron por última vez, ya que Quesada vuelve a España de nuevo con el séquito del todavía príncipe, lo que sitúa su separación en el año 1550.

<sup>3</sup> Sobre el nombre de los interlocutores, Cruz Cerdeño (2012: 24-25) alude a la posible inspiración en los personajes históricos de Gonzalo Jiménez de Quesada y Andrés Dorantes de Carranza, ambos militares con resonancia en la conquista americana. Si bien no es posible descartar este recuerdo como origen de los apelativos, no parece una justificación suficiente ni sustancial. Es posible que los nombres elegidos por el autor respondan a cualquier otro motivo. Además de estos dos personajes principales, aparecen brevemente otros dos interlocutores, un Barbero y un Portugués (así denominados). También se menciona, aunque sin intervenciones directas, a los mozos de los dos soldados.

<sup>4</sup> La despedida, en el coloquio veinte, se produce en términos muy similares (López Alfonso, [1571-1572]: fols. 125v-126v).

El tiempo transcurrido desde entonces, veinte años, es motivo suficiente para dar pie a la conversación con objeto de compartir algunos recuerdos y relatar cada uno de ellos lo que le ha sucedido en esos años, lo que constituye el pacto interlocutivo inicial, cuyo asunto se irá modificando, como es habitual, a lo largo de los diversos coloquios en función de los cambios en la situación conversacional (la entrada y salida de algunos personajes, los cambios de espacio o las escenas que observan en distintos lugares dan pie a temas diversos, que se irán entrelazando con el relato fundamental de su vida).

Entre las noticias que da Dorantes de su trayectoria destaca su viaje a Tierra Santa, después del cual regresa a Venecia y sufre un temporal que le deja en situación apurada. En hábito de peregrino se traslada a Nápoles, donde vuelve a alistarse como soldado y dice haber vivido bastante bien. Estando allí, les llega orden de embarcarse para participar en la Guerra de Granada (la de las Alpujarras), a donde parte en la compañía de Pedro de Padilla, con el ejército de Luis de Requesens. Participa en varias escaramuzas en distintos pueblos de Almería y Granada, hasta que se pone fin a la guerra con la victoria de las tropas reales.

Por su parte, Quesada también manifiesta haber participado en la Guerra de las Alpujarras, pero en los inicios de la revuelta, a las órdenes del marqués de Mondéjar y cuenta su experiencia en la primera fase de esta revuelta, que el marqués no logró sofocar, en parte por la inexperiencia de los soldados en ese tipo de guerra y la falta de control sobre las tropas, cuyo comportamiento desafiaba las órdenes y alentaba a los moriscos.

En general, los dos interlocutores se muestran versados en los asuntos que interesan a la conversación y, por tanto, se mantiene el *decorum* exigido, en términos de Gómez (1988: 26), para que el diálogo sea posible. Se trata de personajes individualizados que, si bien comparten rasgos con otros soldados protagonistas de textos militares, como el Milicio de los *Diálogos* de Núñez Alba o el Machicao de Francisco Mexía, muestran una caracterización cuidada y se diferencian entre sí por el modo de afrontar sus vivencias y la reacción ante determinadas situaciones. A lo largo de la obra se observa cómo ese diverso carácter de cada uno de los interlocutores dibuja progresivamente su figura: Quesada parece más experimentado, generalmente sensato y conciliador, mientras que Dorantes se descubre impaciente, más propenso a las pendencias y terco en algunas cuestiones.

En cuanto a la distribución de papeles y forma dialógica de la obra, puede comprobarse que no se recurre a la mera distribución de roles de maestro y discípulo que aparece en otras, como las de Francisco de Valdés o García de Palacio, sino que el texto de López Alfonso se acerca más a lo que Gómez (1988: 73-76) denomina “diálogo circunstancial” y en él se alternan las tres

estructuras argumentativas posibles en el género y sus correspondientes distribuciones de papeles, cambiando en función del tema tratado y de las circunstancias que lo motivan: polémica (oponentes), pedagógica (maestro-discípulo) y heurística (colaboradores)<sup>5</sup>. Así, en algunas ocasiones debaten con posturas enfrentadas sobre asuntos como las posibilidades de obtener mercedes de los reyes por los servicios prestados, la necesidad de poseer un caballo para ser tenidos en cuenta o el modo de guardar y defender la honra ante los demás; en otras, uno de ellos, generalmente Dorantes, pide a su compañero que le aclare algún asunto que desconoce, como el origen de las hidalguías o el modo de actuar para ser recibido ante el rey; y, en otras, aunque en menor medida, unen conocimientos para obtener una respuesta común sobre algún asunto, como el del comentario de la Guerra de las Alpujarras, en la que cada uno ha participado en una fase del enfrentamiento y, tras poner en común la experiencia vivida, pueden llegar a conclusiones concordantes: ambos coinciden en culpar de las primeras derrotas a los soldados bisoños, que, con ánimo de lograr botín, se aventuraban en enfrentamientos sin seguir las órdenes de sus superiores, así como a la aspereza de la tierra, que favorecía las emboscadas y dificultaba avanzar a las tropas.

Es precisamente en esta perspectiva crítica en la que coincide con varios de los textos arriba mencionados y que interesa revisar en este trabajo.

### **MILICIA Y CORTE, CRÍTICA EN LOS *COLOQUIOS* DE FERNÁN LÓPEZ ALFONSO**

La obra de Fernán López Alfonso trata de mostrar la realidad de dos soldados retirados que buscan una gratificación por sus servicios o un puesto que les permita mantenerse en los años venideros, para lo cual deben acudir a la corte madrileña y hacerse ver por quienes otorgan las mercedes. Esta situación de partida permite combinar la crítica a los problemas que existen en la milicia, tanto en el ejercicio de la profesión como después (con ideas que coinciden en buena medida con las de otros autores contemporáneos), con la descripción, a menudo también crítica, de la vida en Madrid. Sin embargo, el autor no plantea un texto condenatorio, sino que alterna esa visión detractora con la alabanza de poderosos, en especial del rey, en un visible intento de ganarse, probablemente, él mismo el favor que reclaman sus personajes en la obra.

En el caso de la vida militar, resulta curioso que no se exprese de forma evidente una de las quejas más habituales en los textos militares del s. XVI, la de la inexperiencia o falta de capacidad de las personas elegidas para ocupar los

---

<sup>5</sup> Véase Vian Herrero (2001).

puestos de mando. Mientras que en el texto de López Alfonso solo se manifiesta la defensa de los capitanes de la Guerra de Granada, incluido el marqués de Mondéjar, a quien se hacía responsable del fracaso inicial en la época, en otras obras, la inobediencia de los soldados bisoños (a quienes culpa Quesada), está causada precisamente por la falta de autoridad de los capitanes, que no reúnen las condiciones para el puesto y no pueden hacerse respetar. Bernardino de Escalante, por ejemplo, señala que

sería cosa muy acertada, y que conviene mucho que la elección de este oficial se haga siempre en el capitán de más experiencia, y práctica, que en el tercio hubiere, y que esto todo lo proveyese así el Rey, y su consejo de estado y guerra, porque de hacer lo contrario se suelen recrecer mucho los inconvenientes, eligiendo siempre para este cargo personas muy bisoñas, y del todo inhábiles y que por no tener la autoridad, y poder que se requiere, les pierden los Capitanes muchas veces el respeto, que por ventura si hubieran tenido compañías como ellos no se lo perdieran, y holgarían con más voluntad y obediencia de recibir las órdenes de ellos habiendo sido capitanes, que de quien saben que esperan a que les den plazas que ellos tienen por premios de sus servicios (Escalante, 2002: 176)<sup>6</sup>.

A menudo esta situación se relaciona con la necesidad de hacer rápidos reclutamientos y el alistamiento de personas únicamente en busca de fortuna y dinero<sup>7</sup>. Sin embargo, la realidad era que muchos de estos hombres, tras una vida de entrega al servicio, se encontraban en la misma o peor situación que al

---

<sup>6</sup> También Francisco de Valdés trata este asunto cuando sus personajes comentan que “no acabo de maravillarme cuál sea la causa que muchos capitanes generales, para oficio de tanto momento y que tanta suficiencia requiere, eligen las más vezes personas no solo faltas de discreción, pero casi sin ninguna plática y experiencia” o que los romanos, a quien debe imitarse, “tenían sus soldados tan bien disciplinados y pláticos que en un muy grande ejército no había soldado alguno que no supiese su lugar en el escuadrón, para lo cual, como dize Tito Livio, había en Roma muchas escuelas donde eran enseñados los tirones, que ahora llamamos soldados bisoños, no solo a ser diestros de todas armas, pero eran doctrinados de la orden que habían de guardar y del lugar propio que habían de tener, (...) no faltaba jamás entre ellos un perpetuo ejercicio, pues dize el mesmo Livio que los tirones dos vezes al día se exercitaban en los ejércitos y los veteranos una. Y esta tan excelente orden, que los romanos mejor que ningunas otras naciones guardaron, les hizo ampliar tanto su imperio y ser casi invencibles en todo el mundo, pues, (...) todas estas dificultades venció y sobrepujó el soldado bien exercitado y disciplinado” (Valdés, 1578: fols. 5r y 8r-v). Cito el texto de Francisco de Valdés por la edición que yo he preparado, pero, por no estar aún publicada, doy la referencia del original impreso. Las obras de Núñez Alba, Escalante o García de Palacio se citan por las ediciones del Ministerio de Defensa, que presentan bastantes erratas o errores de transcripción en algunos casos, pero están más fácilmente disponibles para su cotejo.

<sup>7</sup> Véase Borreguero Beltrán (2005: 48-49).

inicio de su carrera. Pocos eran los que alcanzaban los cargos de mando, reservados en su mayor parte para caballeros de linaje conocido y con contactos, incluso aunque no tuvieran la experiencia o formación necesaria.

En los *Coloquios* de Baltasar de Collazos (obra no de temática militar, sino de crítica social en general), uno de los personajes, que ha sido soldado en su juventud y por ello ostenta la credibilidad que otorga la experiencia, manifiesta su preferencia por otro tipo de oficios, como el de mercader, para ganar fortuna. Ante las críticas de uno de sus interlocutores<sup>8</sup>, responde:

Antonio: Según eso, ¿capadaz de alguna heredad, o escudero de alguna muger de mercader, o mesonero, queréis vos dexar a vuestro hijo?

Fabián: No quiero tal, por cierto, que no se entiende que por hazerle que fuese soldado había de venir a eso.

Antonio: Pues el más cierto paradero que ese camino tiene es este, y la razón es, aunque la obra vemos cada día, que, como es tanta multitud de gente la que sigue la guerra y, aunque los reyes hagan mercedes a muchos que lo merecen y se señalan en ella, son muchos más sin comparación los que se dan sin parte. Y un pobre soldado a cabo de veinte o treinta años que ha andado en la guerra, viéndose viejo y pobre y con una dozena o dos de heridas y ya sin fuerças para poder pasar los trabajos de la guerra y cansado de andar dando vueltos de Italia y a Alemaña, no tiene otro remedio sino volverse a España y, si halla un señor de quien servir de portero o que le encargue alguna heredad en el campo, lo tiene a buena dicha, o si una hospedera o mesonera para se casar con ella. Y yo os prometo que halléis hartos destos en España (Collazos, 2018: 138).

A ese grupo pertenecen precisamente los protagonistas de la obra de Fernán López Alfonso, dos soldados que, tras una larga carrera, se encuentran sin fortuna:

Dor.: Algo se nos habría de sufrir, según los grandes trabajos que pasamos en la guerra: mal comer, mal beber, mal dormir, la vida cada día al tablero, cargados de hierro y aun de miedo, que la carne hace su oficio. Y no siento que haya bueno en ella, si no es servir a Dios y a su rey; y esta honra tan pesada de ganar y mala de sustentar.

Ques.: Por eso se dice “honra y provecho no cabe en un saco”.

Dor.: No sé quién nos puso este nombre “soldados”, mejor dijera “quebrados” (López Alfonso, [1571-1572]: fol. 64r).

Cristina Borreguero (2005: 48) comenta lo usual de esta situación que

---

<sup>8</sup> Sobre la discusión en torno a la honradez de esta profesión, criticada habitualmente en las letras áureas, véase Sánchez Bellido, 2012.



los textos literarios reflejan:

Por lo general, el regreso del soldado a la tierra que le vio nacer, con frecuencia por heridas incurables que impedían su continuación en el servicio, iba acompañado de penuria y estrechez. Estos soldados veteranos, muchos de ellos “viejos y estropeados” o tullidos, fueron objeto de atención por parte de la corona, pues a su regreso llegaban a la corte a “pretender” algún beneficio después de dejar años, vida y sangre en los campos de batalla. En España se empezó a legislar sobre los “soldados estropeados” en 1573, concediendo a un grupo de éstos la paga total a pesar de estar inactivos.

Pero los *Coloquios* de López Alfonso se escribieron antes de esa fecha, por lo que los dos interlocutores se ven abocados a buscar en la Corte de Felipe II alguna merced del rey o sus consejeros por sus servicios, en especial durante la última guerra, la de Granada<sup>9</sup>. Ese es el objetivo de Dorantes a su llegada, cuando encuentra a Quesada, quien lleva un tiempo residiendo allí. Según manifiesta, el recién llegado solo tiene dinero para pasar allí dos meses, algo que a un desengañado Quesada le parece a todas luces insuficiente, pues él hace bastante más tiempo que busca lo mismo y no ha obtenido ninguna respuesta, al igual que ocurre a muchos de los soldados que por allí transitan<sup>10</sup>.

La mala situación económica de los dos personajes es evidente y se insinúa ya desde el coloquio segundo, cuando Quesada invita a Dorantes a alojarse con él y se dice que comen “olla podrida a la soldadesca”, dando un carácter de pobreza al alimento, que se justifica además con un “que sé yo qué causa el andar mucho tiempo en la Corte, gastando los hombres sus haciendas y aun sus carnes” (López Alfonso, 1571-1572: fol. 3v). Más adelante, en el coloquio quinto, se observa de nuevo esa falta de recursos cuando deciden hacer bolsa común para hacer frente a los gastos de “despensa” (López Alfonso, 1571-1572: fol. 22v), lo que prueba que Quesada no puede mantener a su camarada, aunque le hubiera ofrecido su casa como alojamiento en la primera jornada.

Debe entenderse también que nunca han gozado de una situación

---

<sup>9</sup> También en el *Diálogo del soldado* de Francisco Mexía se observa cómo, tras haber perdido mucho en la guerra, los soldados, entre los que se encuentra uno de los interlocutores, acuden ante Carlos V en busca de merced y este finalmente se la concede. Coppola (2023: 490) considera que la entrevista puede originarse por un motín, pero no hay nada en el texto que lo justifique y el humor con que responde el rey a Machicao (Mexía, 1555: fol. 12r) no sería propio en tal situación.

<sup>10</sup> Incluso a un personaje como Alonso de Vargas, con notables contactos dentro del ejército y de la Corte, le costó en su momento conseguir un cargo o una merced de Felipe II, como atestigua Fernández Conti (1994:418-425).

holgada, pues su servicio en el ejército no les ha proporcionado una gran posición. Dorantes afirma que en todos esos años solo ha sido alférez durante cuatro, por lo que la mayor parte de su carrera militar ha ejercido de soldado raso (aunque fuera guzmán)<sup>11</sup>, cuyo salario era escaso (un real al día, según manifiestan) y, en muchas ocasiones, se les dejaba a deber, como se deduce de la insistencia de varios autores de la época en que los capitanes generales procuren el pago de los soldados para evitar desmanes<sup>12</sup>.

Quesada y Dorantes tan solo parecen haber gozado de una situación más desahogada cuando coincidieron en Augsburgo y en Flandes, de acuerdo a las manifestaciones de elogio que aparecen sobre sus ciudades y el tiempo que allí pasaron (López Alfonso, [1571-1572]: fols. 1v-3r). En cambio, la vida en el Madrid de Felipe II no resulta fácil ni barata, por lo que se deduce de distintos comentarios entre los dos interlocutores, quienes se quejan de las dificultades para mantenerse mientras visitan a diario el palacio en espera de recompensa o de la imposibilidad de participar en algunas actividades lúdicas, como el juego o cortejar a las damas que pasean a la noche por el Prado, por no poder permitirse gastar un solo real (López Alfonso, [1571-1572]: fols. 35v-37v y 42v-43v). También son comentadas las medidas de austeridad adoptadas por el gobierno, especialmente en lo que respecta a los criados o mozos, el precio del trigo, etc., así como la mala situación económica de la Corona<sup>13</sup>.

En el coloquio cuarto, por ejemplo, después de escuchar misa en la capilla del obispo y comer, por lo que se describe, en el antiguo Alcázar de Madrid<sup>14</sup>, comentan:

---

<sup>11</sup> Los soldados guzmanes eran soldados rasos, pero que se distinguían entre los demás con una ligera ventaja. Eran soldados al servicio del rey y de la armada general.

<sup>12</sup> Dice Escalante, por ejemplo, “Ningún otro fundamento hallo yo de más firmeza que el hacer eso [pagar bien] para que un ejército ande bien gobernado, porque si los soldados no son pagados forzosamente se les ha de permitir el robar y hacer otros insultos y trapazas para que se puedan valer y sustentar la vida, y si lo son, cesan todos estos inconvenientes y sirven con cuidado, como gente obligada” (Escalante, 2002: 249). Recuérdese también cómo Alfonso de Valdés excusaba el mal comportamiento de las tropas imperiales en el Saco de Roma, quienes desobedecieron órdenes directas de no entrar en la ciudad, por el largo tiempo que llevaban sin recibir paga (Valdés, 1994: 127-130). Sobre el asunto de los retrasos en la paga de los soldados y los motines ocasionados por esta razón, véase, entre otros, Borreguero Beltrán (2005: 77-80) y Coppola (2023: 490).

<sup>13</sup> Se dice en el texto que “está España empeñada y debe más de treinta y dos millones, como por buena cuenta se han hallado en estas Cortes, con tantos gastos de guerras como ha tenido” (López Alfonso, [1571-1572]: fol. 4r).

<sup>14</sup> La descripción que se realiza del palacio es extensa y bastante detallada (López Alfonso, [1571-1572]: fols. 12v-13v). Coincide con lo que se sabe sobre su configuración en tiempos de Felipe II, tras las obras realizadas por Carlos I y él mismo, incluida la adición de la torre dorada, elemento muy alabado en estos coloquios.

Dorantes: Pues hemos comido, hablemos en cosas que nos den contento; lo que noté en palacio fue los pocos criados que los señores y caballeros traen, que al que más vide fueron dos lacayos.

Ques.: ¡Oh, Oh! Guardan muy bien la pregmática, que esto pueden traer. Mas, si así se guardara la del trigo y otras que hay, no hubiera tanta carestía en la corte. Si no, mira los muchos platos que dan, que era reparo de caballeros pobres.

Dor.: Deben de estar todos pobres.

Ques.: Sí, que son grandes los gastos que tienen, y en un día de juego pierden más que ahorran en criados ni si hiciesen plato (López Alfonso, [1571-1572]: fol. 11r-v).

La ironía de Quesada es evidente cuando menciona lo poco que dan de comer a lacayos y aun a caballeros pobres en palacio<sup>15</sup>, pero cómo sí gastan en el juego lo que tienen.

En relación con estas mismas medidas de ahorro, en el coloquio quinto, Quesada, ante una pregunta de Dorantes, admite haber tenido que vender el caballo que tenía por lo costoso que es mantenerlo en la Corte. Frente a la opinión de Dorantes, que considera que no pueden ser tenidos en cuenta entre los caballeros sin uno, Quesada, mucho más pragmático, afirma no ser necesario y que más honrados serán quienes puedan pagar sus gastos y no dejar deudas, como ha visto que sucede a algunos (López Alfonso, [1571-1572]: fols. 16v-17r). También Collazos insinúa en sus *Coloquios* los problemas de los caballeros para tener caballos sin poder mantenerlos y los intentos de regulación del gobierno sobre esto y los tributos, etc. (Collazos, *Coloquios*: 165)<sup>16</sup>. López Alfonso, con afirmaciones como estas, va dibujando una corte en la que muchos gastan más de lo que tienen con el fin de aparentar un estatus que les permita ser tenidos en cuenta y recibidos entre los principales. No solo se mueven en caballos o coches que no pueden mantener, también se dejan llevar por el juego o las mujeres, y terminan resolviendo las diferencias que esto les ocasiona con pendencias o duelos.

Sobre la visión de las mujeres, resulta de interés que, aparte de la reina y sus damas, las que se muestran en la obra podrían calificarse de “cortesanas”

<sup>15</sup> Sobre la costumbre de que caballeros y soldados coman a la mesa del rey o de un señor, no se han encontrado muchos datos, pero sí algunas noticias que parecen confirmar esta costumbre. Véase, por ejemplo, Stols (2001). Covarrubias recoge igualmente la acepción de “hazer plato” como “tener mesa de contino de muchos combidados, cosa digna de los señores”.

<sup>16</sup> El problema con los caballos es complejo, pues no solo importa el gasto que supone y la ostentación, sino que su empleo era tan necesario para las guerras que el rey se vio obligado a dictar pragmáticas sobre su crianza y prohibir su venta sin control para evitar que acabasen en manos extranjeras y no estuviesen a disposición del ejército (véase Carpio Elías, 2017).

en el sentido lúbrico del término. Se muestran de noche, en zonas como el Prado, y van maquilladas y mostrando los pechos:

Quesada: ¿No notáis lo que regala este Prado? Y las tres damas que están entre aquellos álamos en cuerpo, enrizadas y los pechos de fuera, y las otras junto al estanque, ¡cómo son hermosas!

Dorantes: Ayúdales a parecerlo que se saben adereçar muy bien (López Alfonso, [1571-1572]: fol. 43r-v).

Estas se suman a la presentación que un caballero portugués a quien visitan hace de su “señora” (López Alfonso, [1571-1572]: fol. 97r-v), a quien dedica regalos para obtener sus favores y que recuerda a la actitud de las pícaras del siglo siguiente o la Úrsula de los *Coloquios* de Baltasar de Collazos, que vivía de engatusar y engañar a los hombres (Collazos, 2018: 172-187 y Sánchez Bellido, 2014). De nuevo aparece la cara y la cruz de ese Madrid cortesano: a la belleza y bondad de su naturaleza (huertas, prados y fuentes), que se ha descrito momentos antes, se contrapone la artificial de estas mujeres que viven de vender su cuerpo.

Varias de las recomendaciones de Quesada hacia Dorantes para sobrevivir en la corte se centran precisamente en evitar todas esas conductas<sup>17</sup>, lo que no impide, sin embargo, que, en una ocasión en que Dorantes sale solo de casa para ver un juego de pelota, acabe apostando y, efectivamente, perdiendo su dinero y enfrentándose a su oponente:

Quesada: Mire, no pierda los dineros y tenga alguna pendencia. Yo sobre este lecho me acuesto a dormir.

Dorantes: Ya vuelvo, señor Quesada. Por adevino le habían de dar la pena que suelen a los tales.

Quesada: ¿Cómo?

Dorantes: La maldición me hobiera hecho ir allá, que me atravesé con un charlatán trincapiñón, medio escudero. Sé que no quiso pasar por una chaza que se jugó, con que me ganó un escudo y se me levantó y habló de dedo con soberbia, que estuve por medirle cinco dedos en la cara. No he de consentir, mientras pudiere mandar mi espada, me toquen en un pelo de mi honra (López Alfonso, [1571-1572]: fols. 56v-57r).

Otros ejemplos se podrían exponer sobre las circunstancias que manifiestan las penurias del soldado que espera merced en la Corte. Son llamativas las referencias a los frugales alimentos que toman (López Alfonso,

---

<sup>17</sup> Véase, por ejemplo, el coloquio octavo (López Alfonso, [1571-1572]: 35v-38r).

[1571-1572]: fols. 3v, 22v y 42r-v), las quejas por lo mal que se pagan los servicios militares, tanto en periodo de guerra como después (López Alfonso, [1571-1572]: fols. 8r-9r o 38v), etc. Día tras día, los dos interlocutores merodean por palacio o los lugares donde se reúnen sus posibles valedores para tratar de conseguir esa merced que les permita salir de su situación. En ocasiones, muestran cierta esperanza, como en el coloquio trece, donde comentan los pasos que deben darse para conseguir ser recibidos por el rey y Quesada manifiesta confiar en las posibilidades de obtener como recompensa algunas posesiones en la necesaria repoblación de las Alpujarras tras la guerra:

Dor.: ¿Entendéis, señor, se me hará merced?

Ques.: ¡Buena es dudar eso! ¿Por qué no a veinte y cinco años de buen servicio? ¡Cuanto más a los conquistadores del Reino de Granada! Y en redificación dél, dallo tienen a pobladores y a gente que haya servido que esté armada y tengan algunos caballos (López Alfonso, [1571-1572]: fol. 67v).

No obstante, en otras ocasiones, su pesimismo es evidente, tanto al inicio de la obra, cuando Quesada comenta:

Aún hoy ha venido y ya quiere ser proveído. Desesperado del que ha un año que está en la Corte, acompañando a los señores al entrar y salir, mirando si os miran a la cara. Y si pusieron los ojos en vos, no de intento, sino que, como habían de mirar a alguna parte, acaso os miraron, venís con un contento diciendo: “desta vez soy proveído”. Y dicen verdad, que el pobre ya lo está<sup>18</sup>, e ido será presto (López Alfonso, [1571-1572]: fol. 10v);

como al final, cuando Dorantes manifiesta su intención de volver a alistarse en las galeras de don Juan de Austria (coloquio veinte), pues, después de un tiempo en la corte, que no se precisa exactamente, da por hecho que no le llegará la merced próximamente y necesita mantenerse mientras continúa haciendo méritos. Es decir, que no parece haber otra salida para estos caballeros que la de seguir poniendo la vida al tablero.

## LA SALVAGUARDA DEL PODEROSO

Si la crítica, incluso sátira, sobre la situación que viven estos soldados retirados y otros personajes del Madrid de Felipe II es evidente y concuerda con lo manifestado por otros autores de la época e historiadores contemporáneos, resulta muy interesante que no se señalen culpables ni se propongan vías de

---

<sup>18</sup> Nótese el juego de palabras entre “prove-ido” y “pobre-ido”.

solución concretas. El diálogo muestra un retrato amargo de la decadencia del soldado raso tras su paso por el ejército, pero parece aceptar esta situación cuya única posibilidad de remedio es la intervención del rey mediante la gratificación personal. Frente a otras obras en las que se insta a solucionar estos problemas y se proponen una y otra vez medidas para garantizar el buen funcionamiento del ejército, a menudo dirigidas a personalidades con capacidad para ello, como las de Londoño, Valdés, Escalante o García de Palacio, el texto de López Alfonso trata de mostrarse complaciente con los gobernantes en todo momento. Para ello, a cada comentario o pasaje crítico, le sigue a menudo un elogio o alabanza que contrarresta el efecto negativo de la denuncia.

Por ejemplo, si no se otorga merced fácilmente a quienes la solicitan es porque “aunque es verdad que los oficios se proveen en persona benemérita, y que más bien a Su Majestad hayan servido y sirvan, somos muchos, y todos lo merecen” (López Alfonso, [1571-1572]: fol. 120r), por lo que, para ser justo en el reparto, el rey delega la decisión en los respectivos consejos, como el de Guerra,

donde hay tan grandes señores, tantos buenos caballeros letrados de tanta calidad de ciencia y conciencia, con quien Su Majestad descarga la suya y proveen con tanta rectitud en hombres beneméritos y que hayan servido consultándolo con Su Majestad en las consultas ordinarias y extraordinarias y desta manera ninguno se quejará con razón (López Alfonso, [1571-1572]: fol. 67r).

Algo similar ocurre cuando se trata del endeudamiento del Estado, inevitable por la necesidad de mantener las guerras, a las que el rey se ve obligado por sus enemigos, que no desean respetar la paz ni sus territorios (López Alfonso, [1571-1572]: fols. 87r-91v). Para solventarlo, se hacen esas pragmáticas de ahorro que, sin embargo, tampoco parecen afectar a la Corona, a tenor de los gastos descritos en la relación de la entrada de Ana de Austria en Madrid o de las obras del monasterio de El Escorial, cuestiones que de nuevo no se critican, sino que se ensalzan (López Alfonso, [1571-1572]: fols. 4r-5v y 70v-81v). Por un lado, se emiten pragmáticas sobre la contención del gasto en trajes, dotes o caballos (Puerta Escribano, 2000: 66-67), por otro, el mismo rey emprende la construcción de El Escorial, la renovación del Alcázar y la reconfiguración urbanística de Madrid, con medidas particulares sobre cómo edificar las casas que debían albergar a sus cortesanos (Alvar Ezquerro, 1991: 17-19 y 26-27).

El pasaje dedicado a la entrada de Ana de Austria en Madrid resulta especialmente significativo. No se trata, como en otras partes de la obra, de un

tema comentado a lo largo de la conversación, sino que se detiene esta para que Dorantes pueda leer la relación que Quesada ha escrito sobre el asunto y que ocupa once folios del manuscrito original. En ella se da cuenta de cada uno de los lugares por los que pasa la comitiva y cómo se había preparado y adornado la villa para la ocasión, con la creación de estructuras temporales, como estanques, castillos, arcos o estatuas mitológicas, así como medallas y figuras que representaban a los miembros de la familia real, sus antepasados, etc. En algunas ocasiones da cifras sobre lo que costaron algunos de estos elementos, subrayando el esfuerzo económico realizado. Por ello, cabe preguntarse qué función cumple esta pieza dentro de una obra que ha dejado patente en más de una ocasión las necesarias medidas de ahorro a las que se enfrenta la Corona, endeudada y que había afrontado ya una bancarrota en 1557 y estaba a punto de declarar otra en 1575.

A estos pasajes se suman otros elogios que podrían calificarse de controvertidos, como el del marqués de Mondéjar, a quien en la época se hacía responsable de las derrotas sufridas durante la primera fase de la Guerra de Granada y del que en el texto se dice que “hizo lo que un buen general, sabio y prudente y experimentado pudiera hacer en la guerra” y que “tengo al Marqués por muy buen señor caballero y cristiano y que sabe tanto como cualquiera otro de capa y espada, y así es todo lo que le ponen de culpa” (López Alfonso, [1571-1572]: fols. 20v y 21v).

Como ya se ha mencionado, para Quesada, la culpa de que la revuelta no pudiese ser sofocada a tiempo fue de los soldados bisoños, ávidos de fortuna, que desobedecieron las órdenes que el marqués había dado de tener clemencia con los amotinados y respetar sus posesiones. Los desproporcionados saqueos incitaron a los moriscos a retomar las armas con mayor crudeza y fueron apoyados por la población de un modo que, según la obra de López Alfonso, no hubiese ocurrido si se hubiesen seguido las indicaciones del marqués de Mondéjar.

M.<sup>a</sup> de los Ángeles Cruz Cerdeño, que ha comparado la narración que se hace en el texto de la guerra con la fuente más cercana en el tiempo, la de Diego Hurtado de Mendoza (publicada más tarde, pero que pudo haber circulado previamente de forma manuscrita), llega a la conclusión de que “Fernán López no se basó en ninguna crónica, sino en su experiencia personal, de ahí que aparezcan datos muy precisos y anecdóticos que contrastan con otras informaciones más vagas, como si obedeciesen a terceras personas” (Cruz Cerdeño, 2012: 20). Es más que posible, por tanto, que el autor tomase parte en la contienda y conociese de primera mano al militar, que se habría ganado su respeto, por lo que considera necesario manifestar en la obra una visión mucho más positiva de su figura.

También don Juan de Austria, que dirigió la segunda fase de la guerra, en la que se obtuvo la victoria por parte de las tropas reales, es objeto de elogio por su estrategia y su participación en la lucha, junto a la figura del Duque de Sessa<sup>19</sup>. Dado el resultado de su intervención, no es raro que se ensalce a estos personajes, a cuyas órdenes quizás luchó el autor de la obra.

Tampoco se trata de una actitud novedosa; otros autores de textos de temática militar del siglo XVI tienden a manifestar sus alabanzas hacia aquellos capitanes y generales a cuyo mando sirvieron y que consideran ejemplo de conocimiento teórico y experiencia práctica en el campo de batalla. Así sucede con el elogio que se hace del duque de Alba en los *Diálogos de la vida del soldado* de Núñez Alba, donde, como señala Vicent López, se destaca su figura de tal modo que habría podido entenderse como un demérito hacia el César Carlos (Núñez Alba, 2003: 18). Caso interesante es también el del *Diálogo militar* de Francisco de Valdés, donde Londoño se muestra reacio a dar nombres de malos capitanes ante las dudas de su interlocutor<sup>20</sup>, pero no vacila después en poner como ejemplo de buen hacer al Emperador o también al duque de Alba.

Por último, cabe mencionar que el elogio de Madrid como ciudad es constante. Si bien la Corona atraviesa problemas que quedan patentes en esa necesidad de ahorro, la atracción de personajes marginales o parasitarios o, de un modo más mundano, en la suciedad y malos olores que pueblan sus calles, a lo largo de varios de los coloquios, Quesada se encargará de defender ante Dorantes que Madrid es el mejor lugar para situar la corte y que no hay ciudad en España o fuera de ella que pueda igualársele. Para ello, se incluirá en la obra la descripción de espacios arquitectónicos, como el Alcázar, y naturales, como los jardines, fuentes y prados que lo rodean, en un paseo que conseguirá que Dorantes acepte la superioridad de la villa por propia experiencia<sup>21</sup>.

Un dato aún no mencionado en este trabajo puede ayudar a esclarecer este vaivén de elogios y críticas a lo largo de la obra: el texto, aunque nunca llegó a publicarse, estaba dirigido al entonces poderoso Diego de Espinosa, Inquisidor General, presidente del Consejo de Castilla y persona de confianza de Felipe II. Como señala Martínez Millán (1994: 196-221), el dedicatario fue

<sup>19</sup> Curiosamente, de estos caballeros nobles se criticará después que jueguen a dados, juego sancionado, aunque a ellos se les permite por ser quienes son (López Alfonso, [1571-1572]: fols. 36r).

<sup>20</sup> Dice el personaje de Londoño en este diálogo: “Cuanto y más que, habiendo yo de formar un sargento mayor, no es a propósito nuestro buscar y inquirir cuáles sean ahora los nuestros de nuestra milicia, sino mostrar y declarar cuáles ellos y todos los demás deben de ser” (Valdés, 1578: fol. 7v).

<sup>21</sup> Este asunto ha sido tratado por mí en otro trabajo, por lo que no se ahonda en ello en este (véase Bellido, en prensa).



una figura fundamental en la visión de una corona española confesional, garante del catolicismo. Tras su nombramiento, reorganizó el sistema administrativo de Castilla para agilizar su funcionamiento y dio mayor poder al grupo social de los letrados al mismo tiempo que estableció una serie de reformas en el ámbito religioso (órdenes, principios tridentinos, aumento del control inquisitorial, etc.). Su gobierno se caracterizó por el autoritarismo y el establecimiento de una red clientelar (basada en nombramientos y gratificaciones) que le aseguraban el cumplimiento de sus órdenes y el mantenimiento de la jerarquía. De este modo, encumbró a los miembros de familias afines en puestos de gobierno y favoreció las peticiones de estos para otras personas. Entre esas amistades se cuenta la figura de Juan Arce de Otálora (Martínez Millán, 1994: 193), a quien en el texto de López Alfonso se cita y, según Cruz Cerdeño (2012: 22-23), se imita en algunos aspectos.

Parece más que probable que, al igual que los protagonistas de la obra intentan hacer llegar el memorial con sus hechos y peticiones a alguna figura cercana al monarca, el propio López Alfonso intentase hacer llegar su texto al cardenal, a fin, probablemente, de entrar a formar parte de esa red clientelar y obtener también alguna merced por ello.

Cruz Cerdeño (2012: 23) apunta sobre la biografía del autor que probablemente se trate de

un hombre de mediana o avanzada edad, que tras al menos veinte años de servicio a la corona se halla aposentado en la Corte, la cual demuestra conocer muy bien a través de las descripciones de múltiples parajes madrileños. Amante de las armas y las letras, aunque en estas últimas no haya destacado nunca ni tampoco se le supone una formación literaria tan amplia como sus coetáneos Diego Hurtado de Mendoza o Juan de Arce de Otálora.

También relaciona su intención de publicar la obra con la figura del dedicatario, pero no llega a proponer el interés de promoción personal que, de acuerdo con lo expuesto sobre la unión de crítica y elogio en la obra, puede deducirse. Queda patente que el autor difícilmente podría acusar a aquellos de quienes esperaba obtener algún puesto o gratificación de ser los causantes de la mala situación en la que se encontraban la milicia y la corte española y, en concreto, los soldados retirados que, como él mismo, volvían a España sin haber obtenido un cargo que les permitiera vivir de modo holgado. Parece claro que hay un interés en mostrar esa realidad, quizás en llamar la atención sobre la propia necesidad del autor, que le lleva a buscar ayuda, pero esa visión negativa no oscurece el conjunto elogioso del texto, lo que únicamente puede justificarse, de nuevo, por un interés de promoción y medro.

## CONCLUSIÓN

En definitiva, a lo largo de los veinte coloquios de Fernán López Alfonso, asistimos a un retrato en cierto modo crítico de la corte madrileña de Felipe II, poblada de caballeros pobres, nobles que buscan exhibirse, portugueses enamoradizos y mujeres que se aprovechan de ellos, soldados retirados en busca de una gratificación o un puesto que les permita vivir el resto de sus días por la mala situación en que vuelven del frente, comiendo cuando pueden en la mesa de palacio, jugando el dinero que no tienen, etc.

Esta crítica, sin embargo, se conjuga con una alabanza hacia la propia ciudad, sus recursos y, por supuesto la Corona y la figura de Felipe II, cuyos problemas de gobierno se justifican en todo momento. Se trata, por tanto, de una obra que plantea problemas, pero no ofrece soluciones a los mismos, pues López Alfonso parece aceptar la situación dada y no cuestionar la responsabilidad de los altos mandatarios en ello. Quizás la búsqueda misma por su parte de algún tipo de protección le hizo mostrarse tan indulgente con el rey y quienes le rodearon, siendo precisamente uno de ellos el dedicatario de la obra, el Inquisidor general y presidente del Consejo de Castilla, Diego de Espinosa Arévalo.



## Bibliografía

- Alvar Ezquerro, Alfredo, “Nacimiento y consolidación de Madrid-Corte: 1561-1606”, en Alfredo Alvar Ezquerro, *Visión histórica de Madrid (siglos XVI al XX)*, Madrid, Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, 1991, pp. 11-34.
- Bellido, Sara, “Madrid como motivo argumentativo en los *Coloquios militares* de Fernán López Alfonso”, en *Actas del X Congreso Internacional de Investigación Literaria “Espacio urbano y civilización en las letras hispánicas”* (en prensa). Borreguero Beltrán, Cristina, “Los soldados en la literatura española de los siglos XVI y XVII”, *Studi Ispanici*, 1, (2005), pp. 45-83.
- Carpio Elías, Juan, *Las caballerizas reales de Córdoba en el siglo XVI. Un proyecto de Estado*, Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 2017.

- Collazos, Baltasar de, *Coloquios*, edición, introducción y notas de Sara Bellido, Montpellier, Presses universitaires de la Méditerranée, 2018, <<https://books.openedition.org/pulm/1668>> [consulta: 23/05/2024].
- Coppola, Leonardo, “El soldado viejo de Francisco Mexía: el camino ético en el *Diálogo del soldado* (1555)”, *eHumanista*, 54, (2023), pp. 487-502, <<https://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/default/files/sitefiles/ehumanista/volume54/54b/ehum54.h.coppola.pdf>> [consulta: 23/05/2024].
- Covarrubias Orozco, Sebastián de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, en Real Academia Española, *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua española*, <<https://apps.rae.es/ntlle/SrvltGUISalirNtllle>> [consulta: 23/05/2024].
- Cruz Cerdeño, María de los Ángeles de la, *Estudio, edición crítica y notas de los “Coloquios militares” de Fernán López Alfonso*, DEA presentado en noviembre de 2012 en la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Escalante, Bernardino de, *Diálogos del Arte militar*, edición crítica y estudio preliminar de Raquel Martín Polín, Madrid, Ministerio de Defensa, 2002.
- Espino López, Antonio, *Guerra y cultura en la época moderna*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2001.
- Fernández Conti, Santiago, “La profesionalización del gobierno de la guerra: don Alonso de Vargas”, en *La corte de Felipe II*, dirección de José Martínez Millán, Madrid, Alianza editorial, 1994, pp. 417-450.
- Gómez, Jesús, *El diálogo en el Renacimiento español*, Madrid, Cátedra, 1988.
- López Alfonso, Fernán, *Coloquios militares, dirigidos al Ilustrísimo señor presidente, cardenal, obispo y señor de Sigüenza, Inquisidor General [1571-1572]*, *Biblioteca Digital Hispánica*, <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000260795&page=1>> [consulta: 23/05/2024].
- Martínez Millán, José, “En busca de la ortodoxia. El Inquisidor General Diego de Espinosa”, en *La corte de Felipe II*, José Martínez Millán (dir.), Madrid, Alianza editorial, 1994, pp. 189-228.
- Mexía, Francisco de, *Diálogo del soldado*, Valencia, Juan Navarro, 1555, <<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k723581>> [consulta: 23/05/2024].
- Merino Peral, Esther, *El arte militar en la época moderna: los tratados de “re militari” en el Renacimiento. 1536-1671. Aspectos de un arte español*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2002.
- Núñez Alba, Diego, *Diálogos de la vida del soldado*, edición de Ignacio María Vicent López, Madrid, Ministerio de Defensa, 2003.
- Puerta Escribano, Ruth de la, “Reyes, moda y legislación jurídica en la España moderna”, *Ars Longa*, 9-10, (2000), pp. 65-72.

- Sánchez Bellido, Sara, “Armas, letras y... ¿comercio? Una reelaboración renacentista del tópico”, *Boletín de la Real Academia Española*, 92, 206, (2012), pp. 343-370.
- Sánchez Bellido, Sara, “El personaje de Úrsula en los *Coloquios* de Baltasar de Collazos: una revisión de las relaciones literarias”, *Studia Aurea*, 8, (2014), pp. 259-275.
- Stols, Eddy, “La mesa en los reinados de Carlos V y Felipe II. Miradas recíprocas e intercambios entre Flandes y España”, en *Dos monarcas y una historia común: España y Flandes bajo los reinados de Carlos V y Felipe II*, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V / Instituto Cervantes, 2001, <[https://cvc.cervantes.es/literatura/espana\\_flandes/9\\_stols.htm](https://cvc.cervantes.es/literatura/espana_flandes/9_stols.htm)> [consulta: 23/05/2024].
- Valdés, Alfonso de, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, edición de Rosa Navarro Durán, Madrid, Cátedra, 1994.
- Valdés, Francisco de, *Diálogo militar del maestro de campo Francisco de Valdés en el cual se trata del oficio de sargento mayor*, Madrid, Pierres Cosin, 1578.
- Vian Herrero, Ana, “Interlocución y estructura de la argumentación en el diálogo: algunos caminos para la poética del género”, *Criticón*, 81-82, (2001), pp. 157-190.